

DISCURSO DEL SR. RECTOR DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU EN LA PRESENTACION DEL LIBRO DEL PADRE GERARDO LARCO LARRABURE “AGUSTIN DE HIPONA”

Pocas certezas internas posee el hombre fuera de aquellas que nos son brindadas por la fe. De esas experiencias singulares yo como muchos otros miembros de la comunidad de la Universidad Católica tengo una que se afirma cada vez más con el transcurrir del tiempo: la firme convicción de que el Padre Gerardo Alarco Larrabure se halla ya ciertamente en las manos seguras del Creador, y ello no podría ser de otro modo puesto que, como todos lo sabemos, existe un Dios Padre que juzga con piedad y justicia la vida de los hombres.

Conocemos como no fue claro desde un principio para Gerardo Alarco desentrañar el destino que la Providencia le había trazado. De una inicial vocación que lo condujo a la Ingeniería él experimentó esa metanoia que transmutó su vida dirigiéndola a la filosofía y a la teología para cultivarlas no como simples disciplinas académicas sino para asumirlas como inagotable fuente de contenidos que dieran pleno significado a su existencia. Gerardo Alarco encontró allí la buena pista que transitó permanentemente en actitud de servicio, el cual no se limitó al ámbito del conocimiento sino que se extendió a las múltiples y complejas dimensiones propias de la vida humana. Tomando como hilo conductor de su tarea universitaria la filosofía medieval y especialmente la doctrina del Santo de Hipona, al igual que este último, renovadamente el Padre Alarco

buscó a Dios y lo hizo porque en el fondo ya lo había encontrado. Nos invitaba de ese modo a que nosotros hiciéramos también la experiencia del reencuentro y si bien la motivación más aparente asumía las maneras del quehacer teórico, en el fondo lo que él nos quería transmitir era el principio fundamental que presidió su vida: la primacía del amor cristiano.

Al igual que San Agustín, con lúcida inteligencia y añorante del bien perdido, Gerardo Alarco fue un hombre que hizo de la caridad el modo más adecuado de vivir. Sentía él ante todo amor hacia el Creador y de esa relación él extrajo la eficacia de su vida sacerdotal. Justamente amando a Dios y entendiéndolo como nuestro Padre, su generosidad se extendió también a los hombres, especialmente a los jóvenes. Gerardo Alarco fue en ese sentido sinónimo de entrega pues no sólo brindó tiempo, conocimiento y bienes a aquellos que, desposeídos, lo reclamaban sino que su vida toda fue ofrecida por él a Dios a través de la permanente acogida a sus hermanos los hombres.

Hoy aparentemente queda poco de su paso en ese horizonte que, a veces pomposamente, llamamos intelectual. Luis Bacigalupo ha rescatado de los materiales que inspiraron sus clases de Filosofía Medieval en la Pontificia Universidad Católica, algunas cuartillas; ellas con ser brillantes no reflejan empero con cabalidad la intuición profunda y la enseñanza apasionada de don Gerardo; son sólo trazos de una vida y de un pensamiento donde vivió una inteligencia que se sobrepasó a sí misma porque se hallaba guiada por la fe y la caridad. Mas así y todo, confirmando la tesis agustiniana que nos remite a Platón, estos borradores de clase quizás se conviertan en acicate

para que rescatemos de los insondables arcanos de la memoria no sólo lo que fue la presencia real en el mundo de un hombre sensato y honesto sino también reconozcamos la impronta que Dios ha dejado en todos nosotros para invitarnos así al reencuentro final.

Con la publicación que hoy presentamos, una vez más Gerardo Alarco Larrabure se dirige hacia nosotros para ayudarnos. Para él hoy nuestro cariño y nostalgia, nuestra admiración por su singular inteligencia y por sobre todo nuestra gratitud por su inconmensurable capacidad para el amor.

SALOMON LERNER FEBRES
RECTOR

Lima, 12 de Setiembre de 1996.

sll/-